

una imagen –efímera y veloz, forjada más de luz que de plumas, anclado en paisajes oníricos– de la divinidad. En el poema “Alguien dice” surge tal constatación:

Aquí en lo irreal
he visto a un pájaro
en sueños anudando
con su pico una red.

En *Heráclito inasible* vuelve, también, la vocación de entomólogo con la que Cadavid a veces gusta definirse y con la cual inició su periplo poético al publicar en 1998 *Diario del entomólogo*. En la solapa de presentación de otro de sus libros más logrados, *Herbarium*, se puede leer: “aprendiz de naturalista y entomólogo”. Ahora bien, Cadavid ve al insecto y su conclusión es de índole metafísica. A algunos esta alternativa puede resultar excesiva, pero en el poema el artificio funciona con eficacia puesto que se produce un efecto revelador.

INSECTO

El paso de la vida
en visiones perdidas
Un insecto caminando sobre el
agua
La extensión del vacío que lo
sostiene
La voluntad infinita del aire.

Y es que esta poesía es más mental que corpórea. Es decir, luego de hacer un diagnóstico de la situación de las hojas de un árbol y sus frutos, se concluye que esa realidad “no brilla ya para la vista sino para la mente”. De algún modo, y sé que la comparación puede ser incómoda, Cadavid con sus insectos, remite a Miguel de Unamuno cuando decía de su mascota: “Mi gato nunca se ríe o se lamenta, siempre está razonando”.

Aunque no sería del todo acertado hablar de raciocinio en *Heráclito inasible*. O al menos la presencia del animal como símbolo tiene que ver en este libro más con la ensoñación. Así en “Los ojos deseados”, un caballo de mirada nerviosa, permite ver en este escenario acuoso vestigios estelares. En el detalle menos esperado, incluso en el más prosaico, palpita la bendición del misterio, el secreto de la belleza que siempre es milagrosa.

Pero la belleza tiene un sentido más alto si está conectada al topos de la escritura poética que, además, es otra de las persistencias en la obra de Cadavid. Deudora muy especialmente, en el medio colombiano, de la sobriedad de José Manuel Arango, en *Heráclito inasible* hay un poema que pone de manifiesto la relación con el poeta de *Este lugar de la noche* y presenta, de paso, la relación animal y escritura. En “Como una imagen” de Cadavid se dice:

Sigo los pasos de la grulla
Al final de esa frase
que se curva en la arena
puede estar el poema.

La realidad inconclusa es, a mi juicio, la parte más lograda e inspirada del libro. Se alcanza en estos breves poemas, desde sus títulos mismos (“Constelación”, “Punto de agua”, “Límites”, “Diálogo de aire”, “Angélico”, “Guijarro”, “Abisal”), una transparencia, una hondura y una prodigiosa capacidad de epifanía. Es como si en este conjunto de diecisiete textos estuviese condensada toda la intensidad y la paleta filosófica-poética de Cadavid. El vacío desde donde se vislumbra el pensamiento, caballos que aparecen y desaparecen bajo la lluvia y cuyas pisadas escriben un texto infinito sobre la hierba, los espejos como abismos silenciosos, las flores ante el agua que encierran el enigma de lo que es contemplado y lo que contempla, el pájaro hecho de aire y de piedra y que, como un ángel, es el inolvidable mensajero del amor.

Después a *Heráclito inasible* solo le queda, para culminar su itinerario, acudir al silencio fragmentado. A esa palabra, como lo dice el poema “Suspensión”, que

al tiempo que es dicha
ha de quedar suspendida
a punto de decir.

Pablo Montoya

Escritor y profesor de literatura,
Universidad de Antioquia

Coordenadas de pérdidas y adioses

Las herencias

PIEDAD BONNETT

Visor Libros, colección Palabra de Honor, Madrid, 2008, 89 págs.

A PIEDAD Bonnett la leí por primera vez hace muchos años, por allá a comienzos de la década de los noventa, cuando cayó en mis manos un ejemplar de su primer poemario *De círculo y ceniza* publicado por la Universidad de los Andes en 1989. Este libro ya permitía intuir lo que después vendría a ratificarse como una certeza: estábamos frente a una voz original que se consolidaría como una de las propuestas literarias de mayor proyección, desde nuestro país, en el ámbito internacional.



Después vendrían dos títulos definitivos para confirmar aquella certeza: *Nadie en casa* editado en 1994 en esas sencillas y sobrias ediciones de Simón y Lola Guberek y *El hilo de los días* ganador del Premio Nacional de Poesía de Colcultura en 1994. Ambos volúmenes mostraban los registros de una poesía coloquial, donde la observación de las cosas cotidianas, de entrecasa y de la calle eran los protagonistas esenciales de una poesía fresca, en el que el lenguaje permeaba las emociones humanas y las llevaba a un ámbito de lo estético desde lo verdadero.

Luego, libros como *Ese animal triste*, *Todos los amantes son guerreros* y *Tretas del débil* revelarían poemas

conmovedores donde la lucidez parte del dolor mismo, de las ausencias, de las cicatrices y las grandes fragilidades que logran estrechar un vínculo indeleble con los lectores que se asoman a esta poesía llana y franca que sirve, además, de vehículo comunicativo de tantos asuntos comunes a todos nosotros.

Por eso la aparición en España, en la impecable colección Palabra de Honor de la ya clásica editorial Visor, del libro *Las herencias* fue la consecuencia natural de una vocación persistente y terca en indagar desde las más altas cumbres de la sensibilidad por los temas y detalles más entrañables para todos. Fue, sin duda, la feliz recompensa y reconocimiento a ese oficio juicioso de muchos años que había encontrado otras vertientes en la novela, la traducción y el teatro.

Las herencias es un libro para leer en voz alta, para releer y regresar a algunos de los poemas que resultan más cercanos. Se trata de un poemario que establece diálogos con los anteriores libros de la poeta y que subraya los temas que siempre le han preocupado a Piedad Bonnett: la casa, el tiempo, el dolor, las cosas cotidianas y por supuesto, el amor, desde la conciencia total de que todos los poemas de alguna forma son poemas de amor, son declaraciones de amor a la belleza y a las manifestaciones humanas.



Si bien los dos capítulos iniciales del libro “Vocación de quietud” y “El hueso del amor” dejan en el lector una sensación de derrota, de dignidad y de voluntad inquebrantable frente lo que se va, es el tercer capítulo que da título al libro, “Las herencias”, el que nos

recuerda, desde los cuadros de familia, el álbum de recuerdos, y los gestos de los hijos y el padre, que estamos solos en un mundo despiadado y que solo lo entrañable y querido nos salva del horror y lo inevitable de las pérdidas. Porque es *Las herencias* un libro de pérdidas, de precisos adioses y nostalgias anticipadas. Es una colección de momentos hermosos fijados en la retina de la memoria para recuperarlos en la palabra que blinda todo en el tiempo.

De algún modo *Las herencias* expresa una experiencia rigurosa y completa, las variables de una taxonomía de recuerdos que retratan de una manera contundente lo más hondo de la condición humana y familiar. Se trata de una poesía de la experiencia, básicamente, pero que, como toda poesía, aspira a encarnarse en los nombres. La verdad es un tránsito; en la medida en que se la atisba se muda, explorando la necesidad de nuevos viajes, nuevas miradas.

Este libro alcanza un ritmo acorde al pulso de los días que corren. No nos revela del todo sus secretos y caprichos. Nos deja recados de un mundo generoso e infalible. Allí están las coordenadas de una realidad y un asombro que se reconstruyen como un espejo quebrado para otorgarnos así múltiples rostros.

En ese balance, todas las analogías y representaciones de un territorio de pérdidas y adioses le ponen suelo firme a los sueños para establecer pequeños trueques y tránsitos entre la palabra, el tiempo y la memoria recobrada, esta vez para siempre.

Federico Díaz-Granados

El permanente oficio de recordar

Los fuegos obligados

RAMÓN COTE BARAIBAR

Visor Libros, colección Visor de Poesía, Madrid, 2009, 87 págs.

DESDE SU primer libro, *Poemas para una fosa común* (1984), el poeta Ramón Cote Baraibar (Cúcuta, 1963) ha venido entregando a los lectores un

lenguaje hondo y personal que permite ver de una manera nítida los objetos, las ciudades, los gestos y fragilidades de los seres humanos frente a los temas del mundo. Ha sido, así, su poesía un inventario de recuerdos, nostalgias, ruinas e imágenes multicolores de un mundo perdido y recobrado en la fuerza de su palabra.

Después de aquella ópera prima vinieron los volúmenes *El confuso trazado de las fundaciones* (1992), *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias* (1998), *Botella papel* (1999) y *Colección privada* (2003) —este último ganador del III Premio de Poesía Casa de América de Poesía Americana—, libros que abordarían algunos de los temas que han sido recurrentes en la poética de Cote. Además de los mencionados asuntos como el paso del tiempo, el arte y sus correspondencias con el asombro y el esplendor de las ciudades y deterioros han sido preocupaciones que desde la mirada subjetiva del creador han preocupado al poeta.

Por eso cuando un jurado compuesto, entre otros por José Manuel Caballero Bonald, Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes y Jesús García Sánchez otorgó el primer premio al libro *Los fuegos obligados* en el XXIII Premio Unicaja de Poesía no resultó extraño que el volumen premiado repasara esas grandes cuestiones que han atravesado en dirección transversal la obra del poeta cucuteño desde aquel primer libro. Precisamente este volumen que nos ocupa sintetiza en forma clara esos signos y claves, esos registros y tonos que siempre han permeado su voz poética.

A mediados de los años ochenta la revista de poesía *Golpe de dados*, dirigida por el poeta Mario Rivero hasta el momento de su muerte en 2009, dedicó un número a jóvenes poetas colombianos y en dicho ejemplar apareció un apartado titulado *Los fuegos obligados* que traía algunos de los poemas premiados años después en Cádiz. Pasaron más de veinte años desde aquel adelanto en la revista de Rivero para que saliera a la luz este libro en el que conviven de manera acertada y pertinente el conocimiento y la experiencia, la emoción y la reflexión, lo lírico y lo narrativo.